



# Neil Gaiman

## Neverwhere

**NUEVA EDICIÓN REVISADA Y ACTUALIZADA POR EL AUTOR**  
Incluye una carta de Neil Gaiman a sus lectores en castellano  
y una novela corta ambientada en el universo de *Neverwhere*

Tienes entre tus manos la última edición de la oscura e hipnótica novela de Neil Gaiman, publicada por primera vez en 1996, y que anunció la llegada de un gran talento que pronto se convirtió en una de las voces fundamentales del género fantástico.

Esta nueva edición reconcilia y reinstaura las distintas versiones de la novela que fueron escritas por Gaiman, a la que se añade un gran número de escenas que fueron eliminadas en ediciones anteriores, así como una carta a sus lectores en castellano y una novela corta ambientada en el universo *Neverwhere* titulada *De cómo el Marqués recuperó su abrigo*.

*Neverwhere* cuenta la historia de Richard Mayhew, un joven londinense con una vida ordinaria que cambia para siempre cuando se sumerge a través de los intersticios de la realidad en el subsuelo de Londres. Allí, como debajo de cada gran ciudad, existe un mundo desconocido e invisible, plagado de seres extraños, en el que sobrevivir dependerá de abrir las puertas adecuadas.

Porque hay mundos bajo tus pies, espías bajo las escaleras y formas que esperan al otro lado de los portales que solo has atisbado en tus sueños. Tras leer *Neverwhere*, nunca volverás a pasar por los sombríos lugares del mundo moderno con la misma confianza infantil.

Para Lenny Henry, amigo y compañero,  
quien lo hizo posible todo el camino;  
y a Merrilee Heifetz, amiga y agente,  
que lo hace todo bien.

## Carta de Neil Gaiman a sus lectores en castellano

Últimamente, casi veinte años después de haber escrito el libro que tenéis entre las manos, *Neverwhere* vuelve a ocupar mis pensamientos. Me pregunto qué habrá sido de los personajes de esta historia. Me pregunto de qué manera ha cambiado todo en estos años...

Esta historia comenzó cuando yo era joven y estaba lleno de ideas. Por aquel entonces vivía en Sussex, al sur de Londres, y casi todos los días iba a la gran ciudad en tren. Un día me encontré con Lenny Henry, un actor y escritor inglés que en ese momento acababa de abrir su propia productora. «Quiero hacer una serie de fantasía para televisión —me dijo—. Le estoy dando vueltas a una idea: tribus de gente sin hogar que vive en las calles de Londres».

A mí, en principio, no me gustó la idea de utilizar a gente sin hogar en una historia, más que nada porque me parecía que podía caer fácilmente en la frivolidad. Pero me gustaba la idea de las tribus, y de que estuviera ambientada en Londres. En un Londres mítico, mágico, más allá de la ciudad que yo conocía. Quería probar a ver si era capaz de abordar problemas sociales de verdad en un relato, pero quería hacerlo a través del prisma de la fantasía, distorsionándolos y dándoles otra forma.

Llevaba mucho tiempo con ganas de leer una novela en la que Londres fuera una Ciudad Mágica. Era mi oportunidad de crear una.

Escribí el guion de una serie de televisión para la BBC; luego, un libro que se publicaría una vez estrenada la serie. La velocidad a la que tuve que escribirlo para que la BBC lo publicara hizo que aquella primera edición fuera más bien un primer borrador. Cuando vendí el libro a una editorial americana, tuve ocasión de reescribir la novela (lo hice encerrado en una habitación de hotel sin ventanas, en el corazón del World Trade Center), y lamenté mucho que mi editora norteamericana eliminara los pasajes cómicos. Finalmente, logré combinar las partes que me gustaban de la edición estadounidense con los pasajes que mi editora había suprimido; de este modo, confeccioné una versión definitiva del texto.

En los años transcurridos desde su publicación, *Neverwhere* se ha convertido en uno de mis libros más populares: una historia sobre un joven que empieza a convertirse en un hombre adulto, acerca de alguien que se siente perdido en su propio mundo, sobre la naturaleza y el significado de las ciudades modernas. La gente se encariñó con los personajes, y siempre me preguntaban cuándo iba a recuperarlos.

Yo no sabía qué contestar. Tenía otros libros que escribir, otras historias que contar.

*Neverwhere* se publicó en español en 1999, a partir del texto publicado originalmente por la BBC. Quedó descatalogado cuando expiró el contrato con la editorial, y enseguida se convirtió en el libro más buscado entre mis lectores españoles. Cuando firmo libros en algún país de habla hispana, la pregunta que más me hacen es: «¿Cuándo podremos volver a leer *Neverwhere*?». Allá donde voy todo el mundo me pregunta dónde pueden encontrar una edición de *Neverwhere* en español: en Argentina, en México, en Nueva York, en Barcelona y en Madrid. Los lectores españoles, tristes, se acercan a enseñarme librerías de segunda mano *on-line* en las que la edición española de *Neverwhere* se vende por cientos de dólares. Hasta ahora lo único

que podía hacer era disculparme y pedirles que tuvieran paciencia.

Que el libro que ahora mismo tenéis en vuestras manos exista me produce una gran alegría. Espero que lo disfrutéis. (Yo disfruté mucho escribiéndolo, excepto una noche, cuando estaba encerrado en la habitación escribiendo y pulsé la tecla que no debía, y me encontré con veintiún capítulos de cero bytes cada uno. Eso no fue nada divertido). Le estoy muy agradecido a la editorial, a la editora y, sobre todo, a la traductora...

Hace poco, la BBC estrenó una versión radiofónica. La escuché mientras estaba en cama, convaleciente, me pareció maravillosa, y me dio mucha rabia que no durara más. «Menudo idiota el autor. ¿En qué estaría pensando?», me dije.

Por suerte, el autor de *Neverwhere* todavía me hace caso, a veces.

Escribí un relato para el Marqués, en el que nos enteramos de cómo recuperó su abrigo. Y ahora que está terminado, no dejo de pensar que debería haber otro nuevo *Neverwhere*. Uno en el que aparezcan las Siete Hermanas... y un asesino, y lo habrá.

No creo que tengáis que esperar otros veinte años para leerlo.

NEIL GAIMAN  
Nueva York, agosto 2015

## Introducción a la presente edición

Cabe suponer que, aun en el caso de que ya hayas leído *Neverwhere*, no habrás leído todavía esta versión de *Neverwhere*.

*Neverwhere* empezó siendo un guion que me encargaron escribir para una serie de la BBC. Y aunque la serie no estaba mal, no podía dejar de pensar que aquello no era lo que yo tenía en la cabeza. Una novela me parecía el vehículo idóneo para trasladar a la mente de otras personas lo que yo había imaginado. Los libros son perfectos para eso.

Empecé a escribir la novela durante el rodaje de la serie homónima de la BBC, como una vía de escape para mantener a salvo mi cordura. Cada vez que cortaban una escena, cada vez que eliminaban una frase o cambiaban cualquier cosa, yo decía: «Nada que objetar, ya lo incluiré en la novela», y de este modo recuperaba mi equilibrio. Y así continuamos con el rodaje hasta que un día el productor se acercó a mí y me dijo: «Vamos a recortar la escena de la página veinticuatro, y si me sales con eso de *ya lo incluiré en la novela*, te mato».

Después de aquello, decidí limitarme a pensarlo.

Lo que yo quería era escribir un libro para adultos que los fascinara del mismo modo que libros como *Alicia en el País de las Maravillas*, o la serie de Narnia, o *El Mago de Oz* me habían fascinado a mí de niño. Y también quería hablar de las personas que caen en la marginalidad, de los desposeídos (sirviéndome del espejo de la fantasía, que a veces consigue mostrarnos esas cosas que hemos visto tantas ve-

ces que ya nos pasan completamente desapercibidas) desde una óptica del todo nueva.

Empecé a escribir la novela el mismo día en que comenzamos el rodaje de la serie, en enero, en la cocina del piso del sur de Londres en el que estábamos rodando. La terminé en mayo, en un hotel de una pequeña localidad del sur de California.

La BBC la publicó en agosto de ese mismo año. Cuando Avon Books también quiso publicarla, acepté su propuesta de inmediato, más que nada porque suponía el poder escribir una segunda versión de la novela. Me encerré en la habitación de un hotel situado en el *World Trade Center* de Nueva York, y me pasé una semana entera escribiendo, añadiendo algunos elementos para los lectores norteamericanos que no supieran dónde estaba Oxford Street ni qué te puedes encontrar caminando por esa calle, y disfrutando de la oportunidad que se me brindaba de revisar el texto, ampliándolo y profundizando en él allá donde podía. Jennifer Hershey, mi editora en Avon Books, era una editora fantástica y muy perspicaz; nuestra principal discrepancia eran los chistes. A ella no le gustaban, y estaba convencida de que los lectores norteamericanos no iban a entender que hubiera chistes en un libro que no pretendía únicamente ser gracioso. Además, quería eliminar el segundo prólogo, donde nos encontrábamos por primera vez con Croup y Vandemar, en un momento anterior al comienzo de la historia que narra la novela y, aunque a mí me gustaba, decidí que ella tenía razón y trasladé las descripciones al texto. (He vuelto a incluirlo en esta edición, al final, tal cual lo escribí entonces, para los que sintáis curiosidad).

Una vez que di mi trabajo por finalizado, resultó que había añadido unas doce mil palabras y que había eliminado otras tantas. Algunas las suprimí bien a gusto. Otras no.

Esta edición de *Neverwhere*, elaborada con la ayuda de Pete Atkins, de la editorial Hill House, a partir de las distintas versiones que escribí de la novela, combina el texto ori-



ginal publicado en el Reino Unido con el que se publicó después en Estados Unidos; únicamente he eliminado algunas redundancias para crear una nueva —y definitiva, espero— versión de *Neverwhere*, y de paso un quebradero de cabeza para los bibliógrafos.

No escribo secuelas. Sin embargo, espero poder volver algún día al mundo de *Neverwhere*. En un libro titulado *The Lost Rivers of London*, leí que una vez encontraron una cama de bronce en una cloaca. Hasta la fecha, nadie ha logrado averiguar de dónde procedía ni cómo llegó hasta allí.

Seguro que De Carabás lo sabe.

NEIL GAIMAN

Nunca he estado en St. John's Wood.  
No me atrevo. Tendría miedo de la noche infinita de los abetos,  
de toparme con un cáliz de roja sangre y del batir de las alas del Águila.

G. K. CHESTERTON, *El Napoleón de Notting Hill*

\* \* \*

Si zapatos y medias a un pobre cediste,  
todas las noches y cada una,  
zapatos y medias tendrás;  
y que el Cristo reciba tu alma.

Esta noche, esta noche,  
todas las noches y cada una,  
de las comodidades de tu hogar podrás disfrutar,  
y que el Cristo reciba tu alma.

Si al hambriento diste de comer y al sediento de beber,  
todas las noches y cada una,  
al fuego eterno no habrás de temer;  
y que el Cristo reciba tu alma.

*Endecha* (popular)

## Prólogo

La noche antes de marcharse a Londres, Richard Mayhew no se estaba divirtiendo.

La velada había comenzado bien: había disfrutado leyendo las tarjetas de despedida y recibiendo los abrazos de varias chicas que conocía y que no estaban nada mal; le había gustado escuchar las advertencias sobre los vicios y los peligros que le acecharían en Londres, y le había encantado el paraguas blanco con el mapa del metro de Londres que los colegas le habían regalado entre todos. Las primeras pintas le habían sentado muy bien, pero después, con cada pinta de más le parecía que se divertía un poco menos. Ahora estaba sentado en la acera, tiritando, delante de un pub situado en una pequeña localidad escocesa, tratando de decidir si sería mejor vomitar o no, y no se divertía en absoluto.

Dentro del pub, los amigos de Richard seguían celebrando su inminente partida con un entusiasmo que, en opinión de Richard, comenzaba a rayar en lo siniestro. Sentado en la acera, agarrando con fuerza el paraguas cerrado, se preguntaba si realmente sería una buena idea trasladarse a Londres.

—Ándate con ojo —dijo una voz cascada y vieja—. Te echarán de aquí antes de que puedas decir esta boca es mía. O te detendrán, que tampoco me sorprendería.

Dos penetrantes ojos lo miraban fijamente desde un mugriento y aguileño rostro.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, gracias —dijo Richard. Era un joven de rostro aniñado, con el cabello oscuro levemente ondulado y grandes ojos de color avellana; su aspecto descuidado, como si acabara de levantarse, lo hacía más atractivo para el sexo opuesto de lo que él mismo podía entender o creer.

La expresión de aquella mugrienta cara se suavizó.

—Pobrecillo, toma —dijo la vieja depositando una moneda de cincuenta peniques en la mano de Richard—. ¿Y cuánto tiempo dices que llevas en la calle?

—No soy un vagabundo —le explicó Richard, avergonzado, mientras intentaba devolverle la moneda—. Por favor, guárdesela. Estoy bien. Solo he salido a tomar un poco el aire. Me voy a Londres mañana.

La vieja lo miró con suspicacia, pero cogió los cincuenta peniques y los hizo desaparecer bajo las múltiples capas de abrigos y chales que llevaba encima.

—Yo he estado en Londres —le confesó—. Me casé allí. Pero era un mal tipo. Mi madre me dijo que no me casara con un forastero, pero yo era joven y guapa, aunque ahora cueste creerlo, y seguí el dictado de mi corazón.

—Seguro que sí —dijo Richard, incómodo. La convicción de que estaba a punto de vomitar empezó, poco a poco, a desvanecerse.

—Flaco favor me hice. Y he vivido en la calle, así que sé lo que es eso —insistió la vieja—. Por eso he pensado que eras un vagabundo. ¿Y a qué vas a Londres?

—He conseguido un trabajo allí —replicó Richard con orgullo.

—¿De qué?

—Hum... Inversiones.

—Yo era bailarina —dijo la vieja, y se puso a bailar con torpeza por la acera mientras tarareaba de manera inconexa. Luego comenzó a balancearse como una peonza justo antes de detenerse, y finalmente se quedó quieta frente a Richard.

—Déjame ver tu mano —le dijo—, te voy a decir la buena ventura.

Richard hizo lo que le pedía. La vieja le cogió la mano, la sujetó con fuerza y a continuación parpadeó varias veces seguidas, como un búho que se hubiera tragado un ratón que ahora empezaba a rebelarse.

—Te espera un largo viaje... —le dijo, desconcertada.

—A Londres —dijo Richard.

—No solo a Londres —replicó y, tras un breve silencio, continuó—. No al Londres que yo conozco.

Se puso a llover. Con un hilo de voz, la vieja añadió:

—Lo siento. Todo empieza con unas puertas.

—¿Puertas?

La anciana asintió con la cabeza. La lluvia arreció y repiqueteó con fuerza sobre los tejados y el asfalto de la calzada.

—Yo en tu lugar tendría mucho cuidado con las puertas.

Richard se puso en pie de forma algo inestable.

—Vale —dijo, sin saber muy bien qué debía hacer con una información de esa naturaleza—. Así lo haré. Gracias.

La puerta del pub se abrió, y el bullicio y la luz inundaron la calle.

—Richard, ¿te encuentras bien? —preguntó alguien.

—Sí, estoy bien. Vuelvo enseguida.

La anciana renqueaba calle abajo, bajo la lluvia torrencial, empapándose. Richard se sentía obligado a hacer algo por ella: no obstante, no podía darle dinero. Corrió tras ella por la estrecha calle, con la fría lluvia empapándole el pelo y la cara.

—Tome —dijo, manipulando el mango del paraguas para tratar de abrirlo. Entonces se oyó un clic y el paraguas se abrió como una flor, desplegando un inmenso mapa blanco del metro de Londres, con las líneas cada una de un color y todas las estaciones marcadas e identificadas con su nombre.

La anciana, agradecida, aceptó el paraguas y le sonrió.

—Tienes buen corazón. A veces eso es suficiente para mantenerte a salvo allá donde vayas —dijo. Meneando la cabeza, añadió—: Pero por lo general no.

Agarró el paraguas con fuerza para evitar que una ráfaga de viento se lo arrebatara o lo volviera del revés. Lo sujetó a conciencia y se inclinó casi en ángulo recto para seguir avanzando contra el viento y la lluvia. Richard la vio perderse en la inclemente noche, una forma redondeada y blanca salpicada con los nombres de las estaciones del metro de Londres: Earl's Court, Marble Arch, Blackfriars, White City, Victoria, Angel, Oxford Circus...

Richard, cuya mente divagaba por efecto del alcohol, se encontró cavilando si habría realmente un circo en Oxford Circus: un circo de verdad, con payasos, mujeres guapas y peligrosas fieras. La puerta del pub se abrió una vez más, provocando un infernal estallido, como si alguien hubiera subido a tope el volumen de la música del local en ese mismo instante.

—Richard, joder, que es tu fiesta y te la estás perdiendo.

Volvió al pub; con aquel encuentro tan raro se le habían quitado las ganas de vomitar.

—Pareces una rata ahogada —comentó alguien.

—Y tú qué sabrás, si nunca has visto una rata ahogada —dijo Richard.

Alguien le pasó un vaso grande de whisky.

—Toma, de un trago. Verás cómo entras en calor. Aprovecha, que en Londres no vas a encontrar un escocés como este.

—Ya te digo yo que sí —suspiró Richard. El agua de su pelo goteaba dentro del vaso—. En Londres hay de todo.

Apuró el escocés de un solo trago y, a continuación, alguien le invitó a otro, y después de eso la noche se volvió confusa y comenzó a fragmentarse: más tarde solo recordaría la sensación de estar abandonando un lugar pequeño y comprensible para irse a otro gigantesco que no tenía el más mínimo sentido; y una vomitona interminable en una

alcantarilla por la que el agua corría sin cesar, a las tantas de la mañana; y una forma blanca con símbolos de extraños colores, como un pequeño escarabajo redondo, que se alejaba de él en medio del aguacero.

A la mañana siguiente, Richard tomó el tren de Londres e inició un viaje de seis horas hacia el sur que lo llevaría hasta los extraños arcos y capiteles góticos de la estación de St. Pancras. Su madre le había preparado un bizcocho de nueces y un termo de té para el viaje; y Richard Mayhew partió hacia Londres con una resaca de mil demonios.